

LA VUELTA
A LA VUELTA

Navegar navegando

No sé si me quemarán en la hoguera por pronunciar N semejante herejía, pero, creo, que a cada uno lo suyo y Dios lo de todos. Escribir como lo hago, navegando, todos los días, la verdad que no es posible. Pero además navegando doblemente, es rizar el rizo sólo al alcance de pocas personas. Primero porque hay que navegar y nuestra Melilla, marinera, mediterránea, marítima, mojada y pasada por agua, a pesar de los miles de esfuerzos, de los "cienes y cienes" de cursos de vela, piragua, kayak, windsurfing y surfing, natación y yo qué sé más, organizadas por mi querido Club Marítimo, perdón, REAL CLUB MARÍTIMO de MELILLA, no termina de inundar de "Magallanes, Colones y pinzones"; A lo que iba, que es difícil, digo navegar doblemente. Así me refiero a hacerlo en un barco de proa y popa y eslora. Que Dios me perdone y Javi Mateo también por osar atreverme a hacerlo en el Juan J. Sister y en el Milenium 3. Pero es que no había otra cosa. Y además qué quieren que les diga, a mi me gustan.

Ciertamente se le podrá negar menos capacidad ... de personas que no de carga respecto del Santa Cruz de Tenerife (o era de la Palma); se le podrán negar retrasos... pero a mi me gusta. Igual el catamarán. Siempre me he sentido marinero y todo eso de los cabos, eslingas, pañoles, cubiertas, tambuchos me han atraído. Más cuando es el elemento principal de transporte de los que vivimos y existimos en nuestra ciudad autónoma o lo que sea. Más me gusta por lo cómodo que es, por lo nuevo. Ahora alguien me chillara y dirá que es muy lento que no alcanza ni los 20 nudos... ivalei y para qué más. Digo. Antes salía a las 11 de la noche. Mejor, a las 23. y llegaba a las 8 de la mañana. Ahora sale 59 minutos más tarde (por aquello de cumplir el contrato dichoso y famoso) y sigue llegando a las 8 de la mañana. Quiere decir que tarda i hasta una hora menos si sale 59 minutos más tarde y llega a la misma hora.... Es que tarda una hora menos. Y eso que las matemáticas (menos para los quebrados) no es mi especialidad. Pero por dentro está nuevo (cada día menos) pero sigue estando bien. Los camarotes son más chicos... claro, pero es que son camarotes y no naves del polígono industrial. Eso se llama optimización de recursos (espacios). Pero además estoy seguro que sobran plazas todos los días. Probablemente en fines de semana y puentes esté a tope, pero ¿alguien me puede decir del total de la oferta, cuántas plazas no se cubren?

Si alguien ha seguido hasta aquí sin quemar el periódico o el ordenador por las blasfemias pronunciadas, que siga. Lo siento, pero lo veo así. Cierito que uno no puede hacer saltos del plinto en el camarote; pero para eso estaban las clases del Sr. Quesada a las 3 y media de la tarde en La Salle. Al camarote se va uno a dormir... y si se pelea con la almohada y gana, de verdad que es placentero. El baño, pequeño pero nuevo (aunque las toallas parecen pequeñas). La tele plana, se ve incluso fuera de puerto.... Total que a la hoguera.

Y eso de poder hablar por el móvil (tarifa internacional) como si estuvieras en Sammar, en Fez o en Nueva York, no me negaran que es una comodidad total. Cara pero comodidad (los servicios entiendo que hay que pagarlos, y el que quiera que lo haga y el que no, que no) y, en consecuencia, navegar por Internet, navegando en el barco, es todo un lujo solo al alcance de pocos barcos.

Me acuerdo que cuando ejercía de político con aquel Partido Popular (¿se acuerdan del Partido Popular?), rehúsaba las falsas batallas. Bastante teníamos con las reales para inventarlas, azuzarlas y luego apagarlas. Ya existían otros para ello (por cierto que ahí siguen, incólumes, impolutos, con las mismas camisas bicolor veremos si otros cuatro años más...). Así que querer hacernos ver que este cambio de barco es malo, creo que no es ajustado a la verdad.

Del de Almería, la oferta de plazas que se reserva Acciona, los que hacen uso del descuento de militar sin serlos, los militares que colapsan la oferta y luego no utilizan los billetes.... hablaremos otro día.... mejor será para no estropear el escrito.

Jesús Pérez Sánchez

Cartas desde allí

Por Isabel Morán

Querido amigo:

Muchas gracias por las últimas noticias y por hacer que descubriera que, a través de este artefacto (el ordenador) puedo seguir al tanto de la actualidad del mundo y sus orbes. La pena es que, además de enterarme de las noticias, también me entero de que los mismos de siempre siguen haciendo las mismas estupideces de siempre. Y eso agota. Lo que no entiendo es por qué no les agota a ellos. Si hicieran estupideces diferentes, por los menos serían estúpidos originales... claro que siempre se les podrían ocurrir estupideces diferentes especialmente estúpidas. Así que creo que lo mejor es dejarlos tranquilos porque lo mismo les da por pensar y, entonces sí que estaríamos perdidos.

La verdad es que no tengo mucho que contarte salvo que he hecho el viaje más corto y, a la vez, más largo de mi vida: he subido a un sexto piso en ascensor.

No es que me caigan especialmente bien los ascensores: más bien les tengo manía, pero la perspectiva de subir los seis pisos cargada con tres manzanas, una botella de agua y arrastrando a "Benson" - mi perro-, no me hacía muy feliz. Así que he esperado con resignación cristiana que se desocupara el maldito ascensor y, una vez instalada y sin más compañía que la del espantapalomas del perro he pulsado la tecla correspondiente.

El elevador ha empezado a cargar con esfuerzo mis muchos años (y kilos) y se ha parado. No es que tuviera voluntad propia. Es que un señor ha tenido en el primer piso la misma idea que servidora; es decir, subir al último piso porque desde allí se accede a la azotea (hoy llamadas "solarium" no sé con qué aviesas intenciones) y el hombre puede fumarse un cigarro sin necesidad de escuchar las advertencias apocalípticas de su señora esposa. "Bueno -he pensado- al fin y al cabo, un señor solo no molesta. El a la azotea y yo a mi casa"

Dado que el caballero no forma parte de mi íntimo círculo de amistades, "Benson" lo ha olisqueado con algún interés pero ha cesado en sus intentos de simpatizar cuando se ha percatado de que no tenía la más mínima opción de que le diera siquiera un minúsculo trocito del bocadillo de chorizo que el hombre llevaba en una bolsa verdetienda, junto con una lata de cerveza y el famoso paquete de tabaco.

Una, que es educada, ha dicho "Buenos días", a lo que el señor ha contestado con una escueta inclinación de cabeza y una mirada de reproche al bicho que me acompaña.

Silencio.

Segundo piso. Parada.

Señora con bata y cesto de la ropa con perfume "a-qué-huelen-las-nubes", o semejante, irrumpe con la energía que sólo poseen las amas de casa después de tomarse el "Actimel". "Buenos días" -he dicho con mi mejor sonrisa- "Buenaaaaas" -ha contestado la ejemplar mujer-. "Ejem" -digo- "Sí" -añade el señor con síndrome de abstinencia nicotínica- "¡Vaya!" -suspiro emocionada ante la idea de que sólo faltan cuatro pisos-.

Más silencio interrumpido por un débil gañido de "Benson" que no quita ojo a la bolsa con aromas de Cantimpalo.

Parada.

Nadie.

(En ese momento pienso, razonablemente, que alguien habría pulsado la tecla del ascensor correspondiente y que, en vista del tiempo perdido, habría bajado o subido por las escaleras. Pero, en el mismo momento mis ojos se clavan en un cartel pegado al espejo sucio del ascensor y que dice: "Si se para: ¡Dale al 5!" -sic-.

Ocho pares de ojos se encuentran mirando la puerta y, en vista de que no se abre, empiezan a temerse lo peor, mas la amable señora indica al adusto señor el cartel ¡y le da al 5!

El ascensor continúa su marcha vertical y vuelve a pararse en el cuarto.

- "¿Bajan?" - pregunta una muchacha con niño incorporado.

- "No" - respondo, mientras las cabezas de mis acompañantes confirman mi negativa.

- "Bueno" - decide la futura beneficiaria de los 2500 euros-, me subo y luego me bajo.

Ya somos cuatro y medio y un perro en el ascensor que logra llegar hasta el quinto piso donde volvemos a pararnos porque claro, había que darle al 5 para salir del atolladero de la tercera planta.

Se abren las puertas y "Benson" intenta sacar la cabeza para ver si dándole el aire se le aclaran las ideas ya absolutamente abotargadas por los aromas que emanan de la bolsa verde.

- "¡Benson, quieto!" - advierto con voz más dura de lo habitual- Y el perro me mira con cara de reproche: "¡Es que tiene pinta de ser comestible y yo tengo hambre!". "Benson- le digo, contesto mentalmente, puesto que es la única forma de decírselo sin que me vuelvan a meter en el ala de psiquiatría-, los chorizos del prójimo no se tocan. Y menos cuando son de Cantimpalo". "Vale -me ha contestado-, pero en cuanto lleguemos a casa me das el hueso del cocido".

Hecho el silencioso pacto, la joven ha comentado "Ya sólo falta un piso y luego nos bajamos". En principio he creído que se dirigía a mí. Y, honestamente, no le he encontrado sentido alguno a su frase, puesto que mi intención seguía siendo la de meterme

en casa y no volver a salir hasta que el dueño de mis zapatillas decida que sea la hora de dejar su huella por los alrededores. Pero no. Es que la frase iba dirigida a su barriga, más concretamente, al interior de su vientre. Y de repente, me ha entrado un miedo espantoso. "¡Mira tú qué si le responde. De esta no me libran ni el 'Motivan' ni el 'Plenur'!".

- "No te preocupes - ha sentenciado mi acompañante canino-, en general, nada te va a librar. Así que, para qué preocuparse".

Por fin, el ascensor ha llegado a su destino inicial: El sexto piso.

El primero en abandonar el reducido espacio ha sido el señor de la bolsa verdetienda. Se ve que el hombre no aguataba más el "mono" de "Ducados" y por eso ha salido sin despedirse. De repente el ascensor se ha hecho más grande. Como si el olor a chorizo ocupara más metros cúbicos que su cintura.

A continuación, la señora de la bata ha recogido trabajosamente el cesto de la ropa y la soltado algo parecido a "bundia". El ascensor se ha vuelto a ensanchar, aunque esta vez el "no olor" ha desocupado menos espacio.

Finalmente, hemos salido "Benson" y yo. "¡Hasta luego!" - le he dicho, alegre a la aspirante a madre. "¡Si!" - ha sido la lacónica respuesta.

Por fin, he llegado al sexto piso. El perro me mira extrañado y yo le digo que vamos a casa. El pobre menea la cabeza con conmiseración y se limita a mirarme. Introduzco la llave en la cerradura. No entra. Vuelvo a intentarlo. "Benson" me mira como riéndose. Nada, que la llave no entra.

En un ataque de racionalidad, miro el número de la puerta.

No es mi casa.

En realidad no es siquiera mi piso. Vamos, que ni por asomo mi bloque.

Con resignación, me vuelvo a la puerta del ascensor mientras le reprocho al bicho "¡podías haberme avisado!"

- "¡Claro, y perderme unos minutos de ilusión con el chorizo!"

Me enfrento nuevamente con la puerta del ascensor y decido bajar andando.

"Eso es muy bueno para tus caderas - sentencia Benson- y además, es la primera vez que viajo en este ascensor sin que se haya hablado del tiempo".

Siempre me maravilla el sentido común de mi perro.

Bueno, te dejo. Acaba de llegar mi hermana.

- "¿Has terminado ya?. ¡Chica, para no tener nada que contar llevas puesta una hora en la pantalla!"

Y lleva razón.

Así que un abrazo y besos a la familia.